

La novela *Ynggermina* de Juan José Nieto y el mundo racial del Bolívar Grande* en el siglo XIX**

POR **SERGIO PAOLO SOLANO** ***

FECHA DE RECEPCIÓN: 11 DE JUNIO DE 2008
FECHA DE ACEPTACIÓN: 29 DE JULIO DE 2008
FECHA DE MODIFICACIÓN: 26 DE OCTUBRE DE 2008

RESUMEN

A partir de la novela *Ynggermina* (1844) el autor reflexiona sobre la configuración racial del Bolívar Grande, mostrando que aún a finales del siglo XIX los indígenas tenían presencia significativa entre la población y la sociedad de esta parte de la Región Caribe colombiana. Polemiza con quienes han censurado al autor de la novela haber ficcionalizado la formación de esta región a partir de los indígenas y analiza las razones que llevaron a que en esa centuria se les invisibilizara, y el por qué en los actuales discursos académicos se reproduce esa actitud. Se trata de un aspecto central en las actuales discusiones sobre esta región, la nación y las relaciones identitarias, pues introduce una variable étnica hasta ahora ignorada.

PALABRAS CLAVE:

Relaciones identitarias, novela histórica, Juan José Nieto, configuración étnica, Bolívar Grande, Nación.

Juan José Nieto's Novel, *Ynggermina*, and The Racial World Of Bolívar Grande In The Nineteenth Century

ABSTRACT

Starting from the novel *Ynggermina* (1844), the article reflects on the racial configuration of Bolívar Grande, showing that, even at the end of the nineteenth century, indigenous people still had a significant presence among the population and society of this part of Colombia's Caribbean region. It critiques those who have censured the novel's author for rooting his fictionalization of this region's formation in native peoples. It also analyzes why they were made invisible during that century, and why contemporary academic work reproduces this view. By introducing an hitherto-ignored ethnic variable, it adds a central element to current discussions on this region, nation, and identitarian relationships.

KEY WORDS:

Identitarian relationships, the historical novel, Juan José Nieto, ethnic configuration, Bolívar Grande, Nation.

O romance *Ynggermina* de Juan José Nieto e o mundo racial de Bolívar Grande no século XIX

RESUMO

A partir do romance *Ynggermina* (1844) o autor reflete sobre a configuração racial de Bolívar Grande, mostrando que mesmo no final de século XIX os indígenas tinham presença significativa na demografia e na sociedade desta parte da Região Caribe colombiana. O texto polemiza com quem tem censurado o autor do romance por ter ficcionalizado a formação desta região a partir dos indígenas e analisa as razões que levaram a que nessa centúria eles foram invisibilizados e mostra como reproduz-se essa atitude nos atuais discursos acadêmicos. Este estudo trata um aspecto central nas atuais discussões sobre a região, a nação e as relações identitárias, pois introduz uma variável étnica até agora ignorada.

PALAVRAS-CHAVE:

Relações identitárias, romance histórico, Juan José Nieto, configuração étnica, Bolívar Grande, Nação.

* Hasta 1905 el Bolívar Grande comprendía los actuales departamentos de Atlántico, Córdoba, Sucre y Bolívar, situados en la Región Caribe colombiana, al oriente del curso del río Magdalena. Se correspondía con el territorio de la colonial provincia de Cartagena, luego con el del Estado Soberano de Bolívar (1859-1886) y más tarde con el del departamento de Bolívar.

** Este ensayo es resultado del proyecto de investigación *Comunidades indígenas, ganadería, tierra y poder en el Bolívar Grande durante el siglo XIX*.

*** Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Atlántico. Actualmente cursa estudios de maestría en Historia, convenio Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (Tunja)-Universidad de Cartagena, Colombia. Es miembro del grupo de investigación Fronteras, sociedad y cultura y su línea de investigación es *Mundo agrario: tierra, sociedad y poder en el Bolívar Grande*. Actualmente se desempeña como profesor asociado del programa de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena, Colombia. Correo electrónico: sergiopaolosolano@yahoo.es.

Hasta hace pocos decenios los historiadores concebíamos a la literatura como una ficción que nada nos decía sobre el estudio del pasado. Luego empezamos a conferirle algún valor en las investigaciones sobre la vida cotidiana y las mentalidades colectivas, pero sin que alcanzáramos a imaginar que prestara alguna utilidad en temas considerados tan abstrusos como la formación de la nación y la configuración étnica de las regiones colombianas. Aunque los cambios en las percepciones de esos temas los debemos a diversos factores que no son del caso analizar aquí por razones de espacio, sí es obligatorio decir que desde la publicación del libro *Ficciones fundacionales* de Doris Sommer (1994) asistimos a la construcción de un nuevo paradigma para indagar sobre las relaciones entre la literatura y la historia. Esta profesora de la Universidad de Harvard se ha preocupado por estudiar la función de la literatura decimonónica en la creación de un discurso nacional que suplió la ausencia de narrativas históricas, filosóficas y sociológicas sobre la nacionalidad.

Su idea central es que la literatura trató de dar cuenta de un paisaje cultural y social diverso, con el fin de crear la ficción de unión, ligando alegóricamente al amor y la patria, a Eros y polis, buscando subsanar heridas abiertas en la formación de la comunidad nacional. Esto lo logró la novela histórico-romántica produciendo desplazamientos en las formas de la inicial literatura épica que acompaña a la lucha por la independencia, trastocando los valores patrios en sentimentalismo, la épica en romance y al héroe en esposo. Los vínculos entre el amor y la nación son puestos de manifiesto por los escritores del siglo XIX mediante personajes que pertenecen a esferas sociales y étnicas distintas, que llevan al lector a imaginar mundos donde esas diferencias se perpetúen o donde no existan (Sommer, 1994, pp. 23-44; 2006, pp. 3-22).

Estas revaluaciones han sido posibles gracias a un cambio de dirección en los estudios históricos y sociológicos sobre la nación, que empezó a concebirse como un sistema cultural moderno que emergió en contraste con comunidades religiosas centralizadas y los dominios de las dinastías, y gracias a los avances tecnológicos de la cultura de la imprenta (Anderson, 1993; Bhabha, 2000, pp. 211-219). Desde esta perspectiva, la nación es vista como resultado de una amplia gama de símbolos, narrativas y discursos de formación, incluidos escritos de

periódicos, historia y literatura, objetos que contribuyen a la construcción de su legitimidad (Rama, 2004). Es aquí donde se le ha conferido una función central a la literatura, en la medida en que forma parte de los diversos mecanismos desplegados para alcanzar la cohesión del colectivo poblacional depositario de la soberanía, ayudando a corporizarlo como una abstracción, el pueblo, y creando así el efecto de unidad que justifica a la nación de ciudadanos como la base y el origen del poder político (Quijada, 2000, pp. 15-55; 2003a, pp. 287-315; 2003b, pp. 469-510).

Planteada la legitimidad de la nación en estos términos, hubo que definir la función que se asignó a los distintos grupos sociales y raciales en esa unidad, ya fuera para analizar sus inclusiones o exclusiones, y las formas como las novelas del siglo XIX recrearon el tema de las relaciones interétnicas. Así, la novela histórica se convirtió en un instrumento formidable para hacer inteligible un mundo que recién salía del “caos” del dominio colonial, al brindar la oportunidad de ordenarlo y juzgarlo en concordancia con los valores criollos.

En este contexto, en los últimos años en Colombia se viene analizando las relaciones entre la literatura decimonónica y la formación de un imaginario colectivo sobre la nación, sobresaliendo el creciente interés por la novela *Ynggermina*, de Juan José Nieto. Escrita en 1842 y publicada en Jamaica dos años después, es considerada la obra fundacional de la novela republicana de la Colombia del siglo XIX, y recientemente ha llamado la atención por el tratamiento que su autor dio al tema racial de la colonial provincia de Cartagena (Williams, 1991, pp. 119-135; Córdoba, 1998, pp. 128-132; Pineda, 1999, pp. 105-106; Espinosa, 2002, pp. 354-362; Cabrera, 2007, pp. 70-79; Castillo, 2006, pp. 381-383; Langebaek, 2007, pp. 46-57).

Interesado en contribuir con las actuales discusiones sobre la región, la nación y las relaciones identitarias, quisiera evaluar los recientes análisis sobre esta novela, e introducir una variable étnica hasta ahora no estudiada, lo que ayudará a tener una imagen mucho más completa sobre la composición social y étnica de esta parte de la Costa Caribe colombiana. Por eso aclaro que no me interesa discutir acerca del trato que Nieto dio a la relación indígenas-mestizaje (Castillo, 2006, pp. 381-383; Córdoba, 1998, pp. 128-132; Gutiérrez, 2007; Langebaek, 2007), o a las intenciones, el contexto y la mentalidad desde los que ocultó el tema de los afrodescendientes, aspectos que concentran la atención de los analistas.

Asumo la novela como un simple pretexto para mostrar que los historiadores, al igual que el grueso público del Bolívar Grande, hemos sido presidiarios de una herencia acuñada por el discurso liberal del siglo XIX que dio por desaparecidas a las comunidades indígenas de esta parte de la región costeña. En ninguna obra de la vieja ni de la nueva historia hay la más mínima referencia (con la sola excepción de Orlando Fals Borda) a la existencia de comunidades indígenas en esta parte de la Costa durante el primer siglo de la República. La razón no sólo se debe a que los estudios históricos modernos sobre esta región apenas comiencen, o porque las investigaciones sobre su configuración étnica hayan empezado por enfatizar en los afrodescendientes, mientras que se está a la espera de que otros se encarguen de los indígenas bajo la República. El caso real es que para todos nosotros en el Bolívar Grande republicano no existían indígenas, excepto los de Tuchín (San Andrés de Sotavento). Como contrapartida hemos pensado que su población estaba conformada mayoritariamente por mestizos, mulatos, zambos y negros. Por eso, hablar de los indígenas de la Costa bajo la República inmediatamente lleva a evocar a las comunidades que no pudieron ser reducidas (guajiros, cunas, emberá-catíos, motilonos) y a los nativos del territorio del Magdalena Grande.¹ Sin embargo, hasta finales del siglo XIX persistieron 27 resguardos indígenas en esta parte de la región costeña, que vivieron en continuos conflictos con sectores de las élites, con las poblaciones circunvecinas y con las políticas públicas, marcando la historia del mundo agrario costeño de tal manera que incidieron en el diseño de estas últimas.

LOS ESTUDIOS SOBRE YNGERMINA

En primer lugar quiero llamar la atención sobre los contrastes que algunos estudiosos han creído descubrir entre las características étnicas y sociales del autor, la novela y el contexto racial de mediados del siglo XIX, y también sobre las críticas que se le hacen por la manera como concibió las relaciones entre españoles e indígenas durante la Colonia, y la ausencia de los afrodescendientes, lo que se considera que no estaba a tono con la novela histórico-romántica que se estaba escribiendo en Latinoamérica.

Considero que en estas aparentes paradojas subyace, por un lado, la reducción del conocimiento sobre este perso-

naje a lo dicho por Orlando Fals Borda sobre J. J. Nieto, y por otro lado, los enormes vacíos existentes acerca de grandes aspectos de la historia social y política de esta parte de la región costeña, reducida usualmente al estudio de algunos temas del pasado de las ciudades portuarias más importantes, cuyas imágenes son proyectadas para todo el espacio circunvecino.

Lo que afirma Fals sobre este personaje –acerca de su familia, la época de su traslado a Cartagena, su condición étnica y su formación intelectual– poco nos ayuda a entender el tratamiento que dio en su novela a los sectores de negros, mulatos, indios y mestizos de la provincia de Cartagena. Y se trata de una carencia lamentable, pues a pesar de que para la elaboración de su estudio Fals consultó la prensa oficial del estado de Bolívar, pasó por alto que en ella se registró buena parte de los conflictos sociales del siglo XIX que tuvieron a los indígenas como protagonistas centrales.² Asimismo, se registró que después de promulgada la Constitución de Rionegro de 1863, y siendo presidente del mencionado estado (1859-1864) el autor de Yngermina, defendió algunos derechos de los indígenas sobre las tierras de sus resguardos, mostrando que en pleno ascenso de su carrera política mantuvo un liberalismo que no rompía del todo con algunas formas del viejo pacto social que vinculaba a gobernantes y gobernados.

Pese a esta deficiencia, se coincide en que Nieto no era blanco, en su origen humilde, en su condición de autodidacta y en que se sobrepuso a todas las limitaciones sociales hasta lograr su ascenso político y social. Existen diferencias de matices en el momento de ubicarlo en algunos de los cruces que se forman de la triangulación entre blancos, indios y negros. Algunos (Pineda, 1999, pp. 105-106; Cabrera, 2007, pp. 70-79; Ortiz, 2008) concuerdan en caracterizarlo como mulato, y le critican que, en medio de una sociedad de mayoría negra y mulata como era la cartagenera, escribiera una novela sobre un apacible encuentro entre españoles e indios, silenciando la presencia de la mayoría negra mulata. Al contrastar la obra de Nieto con María de Jorge Isaacs, en la que está presente el tema de la esclavitud, Alfonso Múnera le achaca al primero festejar "... el mestizaje indígena-español, sin mencionar para nada la presencia negra en Cartagena. El caudillo Nieto era mulato. En esta novela escrita por un mulato, indios y mestizos fundan el Caribe colombiano, y

1 La ligera alusión que recientemente ha hecho Alfonso Múnera (2005, pp. 33 y 141) a un predominio de población indígena y mestiza en la región Caribe neogranadina para desmentir la idea que la asociaba a solo negros y mulatos, para nada invalida lo que aquí estamos afirmando.

2 Fals sólo alude a los indígenas de los resguardos de Jegua y Guazo, y buena parte de sus referencias se remiten al período colonial.

no aparece nunca un negro. Como si no existiera...” (Múnera, 2006, pp. 49-52).³

Cabrera reconstruye los rasgos generales de un racismo justificado por una tradición que asoció a la gente negra con la inferioridad, como también por el temor al levantamiento de éstos en los primeros años de vida independiente. Atribuye el silenciamiento sobre los negros y mulatos a un interés en reivindicar a la Costa como un espacio de civilización, lo que por esos años constituía una preocupación de Nieto, como también a su empecinamiento por ser aceptado por la élite cartagenera (Cabrera, 2007, pp. 72-74).

Javier Ortiz (2008, pp. 151-172) intenta develar las razones ocultas que llevaron a que Nieto silenciara a la población negra, basándose en dos de sus obras más conocidas: la Geografía histórica, estadística y local de la Provincia de Cartagena, que Nieto publicó en 1839, e *Yngermina*. Aprovecha la primera para analizar lo que este personaje pensaba sobre los negros, su discurso sobre el mestizaje y el papel que le asignaba a la educación como mecanismo de igualación y de ascenso social. La segunda le sirve para estudiar cómo Nieto ficcionalizó a los indígenas abrogándoles unos discursos políticos que eran más propios de los negros. También analiza el discurso del autor sobre el mestizaje.

Su análisis se centra en la idea de que cuando Nieto publicó esas obras la población negra y mulata tenía un significativo protagonismo político y social en Cartagena, lo que hace “sospechoso” ese silenciamiento. A su parecer, esto se debió a dos razones: por un lado, a que en su estrategia de ascenso social, “... sus escritos (...) representan una de las tantas alternativas que usó para ganarse ese reconocimiento (...) alcanzar notoriedad y ganarse el respeto y la aceptación de los sectores privilegiados de la sociedad cartagenera, a pesar de que su base política estaba representada en los artesanos negros y mulatos...” (Ortiz, 2008). Con ese propósito en mente, Nieto –y ésta es la segunda razón– tuvo que destacar en su discurso los aspectos que insistieran en el orden y el control social, ante lo que los negros y mulatos representaban un sector incómodo. Y, caso contrario, los indígenas se prestaban para construir una imagen más cercana al orden soñado por las élites. En estos términos, la novela vino a ser un proyecto de consolidación del orden deseado colocándo-

se en contravía de las demás novelas decimonónicas que muestran los conflictos sociales y políticos.

Por eso Ortiz afirma que el discurso que Nieto pone en boca de los indígenas sobre la libertad, la independencia y la soberanía parece más de “... un negro o un mulato cartagenero del siglo XIX... [pero] prefiere ponerlos en boca de un indígena, los que precisamente para la época en Cartagena no representaban una fuerza política activa ni constituían el más absoluto elemento de movilización”. En su entender, en comparación con *Manuela* (1859) y *María* (1867), la obra de Nieto representa un “indigenismo trasnochado”, pues ya no era un tema llamativo, como sí lo había sido durante la Independencia: “... hace referencia a lo indígena en momentos en que, salvo excepciones, lo indígena no representaba un elemento importante y necesario para la elite dirigente”. Nieto presenta la conquista y colonización españolas como un proceso ordenado, contrario a la imagen que se había construido de ellas durante la retórica independentista.

JUAN JOSÉ NIETO Y SU ÉPOCA

Algunos de los anteriores análisis y censuras (Williams, Pineda, Cabrera y Ortiz) descansan sobre las siguientes conjeturas y errores: 1) desconocer que la obra trata sobre la conquista de los pueblos indígenas, lo que antecede a la llegada de la población negra esclava; 2) proyectar las características étnicas de Cartagena y de su área inmediata de influencia al resto de la población del Bolívar Grande; 3) suponer que negros y mulatos de la primera mitad del siglo XIX tenían un proyecto colectivo de república alternativo al de las élites; 4) desconocer que para esa centuria en esta parte de la región costeña existía una significativa población indígena con la que J. J. Nieto tuvo vínculos que iban más allá de la manipulación clientelista, y 5) presumir que los indígenas no tuvieron ningún protagonismo en las luchas sociales del Bolívar Grande del siglo XIX y en defensa de su identidad étnica.

El primer aspecto no creo que admita discusión, y acerca de los numerales cuatro y cinco, nos referiremos más adelante. Respecto al segundo vale preguntarse hasta dónde seguimos siendo presidiarios de unas imágenes que nos legó la racialización de la geografía nacional efectuada por ilustrados y liberales decimonónicos que asociaron la región costeña con una población mayoritariamente negra y mulata (Arias, 2005, pp. 65 y ss.; Múnera, 2005, pp. 129-152). El resultado ha sido estudiar la configuración étnica en correspondencia con la jerarquía de los principales centros urbanos y de las áreas circunvecinas más

3 Pese a esta afirmación, en sus estudios sobre el censo de 1777-1778 Múnera se ha cuidado en sugerir que la mayoría de la población del Bolívar Grande no era negra y mulata sino indígena y mestiza, pero no incursiona en estos temas, pues el centro de sus cavilaciones no son estos grupos étnicos sino los afrodescendientes.

inmediatas sobre las que tenían influencias. Las recientes reflexiones sobre el poblamiento y las sociedades indígenas del siglo XVIII (González, 1993; Ruiz, 1996; Herrera, 1998, pp. 124-165; 2002a, pp. 29-105; 2002b, pp. 11-46; 2002c; Blanco, 1987; 1995; 2007; Conde, 1997; 2002a, pp. 45-67) escasamente se han integrado a los estudios sobre las características étnicas de las diversas comarcas de la región.

Por otra parte, los análisis continúan apegados a los resúmenes que hicieron las autoridades coloniales de los datos del censo de 1778 de la provincia de Cartagena, sin que los interesados en el tema se esfuercen por conocer los censos de cada población que reposan en el Archivo General de la Nación de Colombia, en los que se discrimina de manera más específica la condición de las personas que en los datos globales aparecen agrupadas como “libres de todos los colores”. Un reciente ejercicio muestra que al cruzar los padrones de cada población con otras informaciones de la época se enriquece la comprensión de la configuración racial de la sociedad costeña de finales del siglo XVIII, y permite salir de una discusión hasta cierto punto pantanosa, por los términos en que se ha planteado y por las escasas fuentes en que se apoya (Herrera, 2006, pp. 248-267).

Acerca del tercer aspecto, quiero señalar que los escasos estudios históricos sobre el tema racial, su concentración en los dos primeros decenios de vida independiente y las divergencias entre las interpretaciones propuestas imponen mucha cautela al emitir juicios sobre la relación Nieto-la comunidad de afrodescendientes-los indígenas y la novela *Yngermina*. Hasta el momento, las condenas contra este político y escritor decimonónico provienen de quienes a partir de los estudios de Marixa Lasso y Alfonso Múnera (Lasso, 2003, p. 8; 2006; 2007, pp. 32-45; 2008; Múnera, 1998, pp. 157-176) se consideran autorizados a concluir que entre los años de la Independencia y 1840, aproximadamente, los negros y mulatos representaban una comunidad que amenazaba con una guerra racial contra los blancos, que se aproximaron a la construcción de un proyecto alterno de república. Con una suposición de esta naturaleza, obvio es concluir que la actitud de Nieto aparezca como una especie de “inconsecuencia racial”.

Sin embargo, sobre ese tema existe otra interpretación que analiza a negros, mulatos, zambos, cuarterones, tercerones y morenos como una diversidad de sectores que no lograron constituir una sola entidad política agrupada en torno a una misma visión de sus oportunidades y de la discriminación racial, lo que permite analizar a Nieto como un hombre que se construyó un proyecto político al

igual que muchos otros, verbigracia, el propio Pedro Romero y sus descendientes. Desde una perspectiva comparativa con el caso de Cuba, Aline Helg insiste en que en Cartagena y su área de influencia –por razones de la inmediata herencia social colonial que fraccionaba a los afrodescendientes, y por el diseño de estrategias de búsqueda de libertad y autonomía mediante procedimientos individuales (fugas, cimarronismo, redes clientelistas, demanda legal, y otras), por la crisis demográfica que suscitó la Independencia y por el predominio del madresolterismo–, la tendencia fue hacia el diseño de estrategias individuales y familiares, para romper el cerco de la discriminación racial y lograr el ascenso social (Helg, 2000, pp. 219-252; 2004, pp. 162 y ss.).

Jorge Conde también pone en duda esa acción colectiva y cuestiona la idea de un supuesto proyecto de república de negros y pardos. Al mismo tiempo problematiza la relación entre las “gentes de todos los colores”, la ciudadanía, la condición de vecino y el patriotismo, para mostrar el fraccionamiento de ese grupo sociorracial. En el tema de la ciudadanía establece unas fases mucho más claras que Lasso y Múnera, para quienes desde los debates de 1811 en las cortes de Cádiz, la población de color asumió la conquista de la ciudadanía en un sentido moderno como su bandera de lucha (Conde, 2000, pp. 189-213; 2001, pp. 196-212, y 2002a, pp. 127-146). De igual manera, Roicer Flórez ha insistido en que durante la primera mitad del siglo XIX la ciudadanía, además de no tener una connotación universal y abstracta, estuvo estrechamente vinculada a la condición de buen vecino, lo que a su vez significaba la proyección de una imagen social valorada positivamente por los demás (Flórez, 2006, pp. 135-152).

Son más los hechos que aún permanecen en la penumbra, y lo poco conocido hasta ahora desautoriza sacar conclusiones apresuradas. Un tema central que debe discutirse es a qué tipo de ciudadanía aspiraban negros y mulatos de Cartagena en 1811, problema que a su vez debe ser periodizado teniendo en cuenta la evolución de los acontecimientos. Esto nos lleva a un problema que aún no ha sido explorado en todas sus dimensiones: creo que es necesario determinar si las capas medias cartageneras –en las que participaban sectores de “gentes de todos los colores” y blancos pobres, y que se agrupaban en torno a un estilo de vida en el que la proyección de una imagen social digna y respetable era el eje central (Solano y Flórez, 2008a, pp. 173-217)– se vincularon a la lucha por la Independencia con un proyecto político moderno, o si desde el siglo XVIII venían presionando para que al lado del reconocimiento social por razones de nacimiento, raza y pureza de sangre, también se otorgara

reconocimiento a personas y familias virtuosas e hijas de su propio esfuerzo (Solano, 2008c).⁴ A este respecto, no debe perderse de vista, como lo muestran Conde y Flórez, que la ciudadanía tuvo un fuerte soporte en la condición de vecinos, y que ésta estuvo muy ligada a esas prácticas e imágenes sociales virtuosas. Entonces, es posible que en la fase inicial de la Independencia la ciudadanía lograra condensar aquella aspiración, lo que explicaría que esa categoría moderna arrastrara un fuerte lastre del antiguo orden, como también el fraccionamiento de la comunidad de mulatos, y el diseño de estrategias personales y familiares de movilidad social.

GENEALOGÍA DE LOS SILENCIOS

Estas objeciones no invalidan la preocupación de los mencionados analistas que forman parte de un creciente interés por el tema de la configuración étnica de la nación colombiana, en especial por estudiar a los sectores de afrodescendientes que habían permanecido en el olvido frente a los avances de las investigaciones sobre los indígenas impulsadas desde 1940 por el Instituto Etnológico Nacional. No es del caso traer a cuento en estas apretadas líneas las razones de esa situación que han sido analizadas por Peter Wade y Eduardo Restrepo, y para el caso de nuestra región, por A. Helg y A. Múnera (Restrepo, 1997, pp. 279-319; Wade, 1994; Helg, 2004, pp. 219-252, y Múnera, 2005, pp. 129-152). Tampoco será suficiente lo que podamos decir acerca de la justicia que sustenta los esfuerzos por recuperar a los afrodescendientes en la construcción de la región y de la nación.

Sin embargo, al lado de ese merecido énfasis sobre este grupo étnico es necesario ir colocando a otros sectores cuya presencia, como el caso de los indígenas (éste es el cuarto aspecto de nuestra crítica), aún a finales del siglo XIX, era evidente en áreas importantes del Bolívar Grande: en la provincia de Barranquilla estaban los resguardos de Tubará, Galapa y Malambo; en Sabanalarga, los de Piojé y Usiacurí; en Cartagena, los de Timiriguaco, Turbaco y Turbana; en la de El Carmen, los de Zambraño, Tetón y Yucal; en Mompo, los de Tacalao, Talaigua, Menchiquejo y Chilloa; en Magangué, los de Yatí, Jegua y Guazo; en Lórica, los de San Nicolás de Bari y Cereté (Retiro y Mateo Gómez); en Sincelejo, los de Toluviejo,

Colosó y Sampués; en Corozal, el de Morroa, y en la provincia de Chinú, los de San Andrés de Sotavento y San Juan de las Palmas (Solano y Flórez, 2007, pp. 92-117).

Aún a comienzos del siglo XX, el censo de 1912, que sólo contabilizó a la población masculina, señala que el 6,5% del total de los hombres de los departamentos de Bolívar (excluyendo a San Andrés y Providencia) y Atlántico correspondía a indígenas. Si incluimos igual porcentaje de mujeres, daría un total del 13% de personas de esta condición étnica, cifra aún significativa, pues el censo colonial de la provincia de Cartagena de 1778 dio un poco más del 18%.⁵ Además, hoy día gruesas franjas de su población se autorreconocen como descendientes de aquellas (Fals, 1999, pp. 79-81).

Ahora bien, sería ingenuo creer que se trataba de los mismos indígenas de los tiempos de la Conquista o de la Colonia temprana, pues a lo largo de tres siglos de dominación española muchas cosas cambiaron, modificaciones que se fueron pronunciando bajo la República. Verbigracia, se trataba de comunidades atravesadas por conflictos internos, debido al proceso de mestizaje a que se vieron abocadas desde el siglo XVIII, como también porque en algunos casos los resguardos estaban adscritos a la jurisdicción de uno o más distritos, que usualmente eran controlados por unos pocos blancos y por los mestizos, convirtiéndose en ambas situaciones en factores de presión que sometieron a tensiones la identidad étnica y las tierras de los indígenas. Además, desde las reformas borbónicas, y luego con el discurso demoliberal que trajo la República, se fue desplazando la política fundada en las teorías pactistas que habían originado cierto proteccionismo estatal para los indígenas. Éstos y otros temas ameritan unas investigaciones más detalladas que esperamos ofrecer más adelante en el tiempo.

Los indígenas se adaptaron de manera precaria a los cambios y jugaron con una diversidad identitaria (indígenas, mestizos y ciudadanos), en concordancia con sus intereses, apropiándose de los elementos del discurso liberal republicano que les permitían retroalimentar sus puntos de vista sobre los problemas que los aquejaban, en especial, en sus relaciones con otros sectores sociales, los partidos políticos y las autoridades (Flórez, 2008; Sanders, 2007, pp. 28-45; Saether, 2005, pp. 55-80). Y

4 Este problema lo había sugerido en 1998 Mauricio Archila en los comentarios críticos que presentó a la ponencia de Múnera sobre la participación de las clases populares en la independencia de Cartagena. Mauricio Archila, "Comentarios", en H. Calvo y A. Meisel, *Cartagena de Indias y su historia*, pp. 182-183.

5 Censo general de la República de Colombia levantado el 5 de marzo de 1912, Bogotá, Imp. Nacional, 1912, pp. 32, 82 y 98-100, y Hermes Tovar et al., *Convocatoria al poder del número. Censos y estadísticas de la Nueva Granada, 1750-1830*, Bogotá, Archivo General de la Nación, 1994, pp. 470-501.

esta poliidentidad en ciertas circunstancias fue un arma eficaz para la defensa de sus intereses, pues cuando –a lo largo del primer siglo de la República– la negación de esa condición étnica fue el argumento esgrimido por los interesados en echar mano de las tierras de los resguardos, las comunidades de indígenas podían actuar en varios planos, y buscaban alianzas con sectores políticos para capear las arremetidas de sus enemigos y defender sus intereses. Así, por ejemplo, en 1873, los indígenas de Guazo se organizaron en una sociedad basada en los principios modernos de la ciudadanía, crearon una junta directiva y cada miembro expresó su voluntad de defender las tierras de la comunidad. El paso inmediato que dieron fue elevar representaciones a las autoridades de la región pidiendo la protección de sus derechos, y a la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos de Colombia, solicitando la derogación de las leyes aprobadas por la Asamblea Legislativa del estado de Bolívar que iban en contravía de sus intereses. Pero también decidieron reconstituir el pequeño cabildo indígena y solicitaron a las autoridades judiciales de la provincia de Magangué el deslindamiento de las tierras del resguardo, para evitar las usurpaciones a que estaban sometidos desde tiempo atrás (Flórez, 2008).

Años después, en 1899, el Tribunal de Justicia del departamento de Bolívar acogía los argumentos de Manuel Zenón de la Espriella, abogado defensor de los indígenas de Malambo, quien arguyó que eran indígenas porque existía una serie de hechos (demandas, alinderamiento de tierras, pequeños cabildos, arrendamientos de tierras y relaciones de alteridades con otros sectores) en donde se autorreconocían y eran reconocidos por las autoridades y otros grupos como de esa condición racial (Manotas, 1899; Solano y Flórez, 2008b).⁶ Además, muchos resguardos seguían organizando sus pequeños cabildos y nombraban gobernadores, como fue el caso de Tubará, a pesar de haber sido expropiados de sus tierras en 1886.⁷

6 Manuel Z. de la Espriella había sido una de las manos derechas de Juan José Nieto y uno de los artífices de la política en defensa de los indígenas entre 1863 y 1865.

7 Estos indígenas dada la cercanía de Puerto Colombia constituyeron la base de sus trabajadores, y en 1893 tuvieron un protagonismo de primera línea en la huelga de los trabajadores portuarios, que también paralizó a Barranquilla. “Los huelguistas pasearon en grupo el pueblo pidiendo aumento de jornal al son de cachos y caracoles”, en “La huelga” y “Editorial La huelga”, en *El Anotador*, Barranquilla, 2 y 4 de mayo de 1893; “La huelga”, en *El Porvenir*, Cartagena, 14 de mayo de 1893. “Editorial”, en *Diario de la Tarde*, Barranquilla, 27 de abril y 1 de mayo de 1893. (Esta información la debo a la historiadora y amiga María Bernarda Lorduy, a quien agradezco su gentileza).

Los casos mencionados muestran que la recuperación de la historia republicana de estos sectores étnicos debe empezar por estudiar la elaboración de discursos y sus coetáneas prácticas sociales que, por un lado, negaban la existencia de los indígenas y, por otra parte, los discriminaban y excluían; también debe estudiarse la capacidad de respuesta de estos últimos. Desde los inicios de la República quedó demostrado que una cosa era construir la nación como una comunidad política materializada en un conjunto de normas, imaginarios e instituciones, y otra cosa era cómo los sujetos y grupos sociales que activa o pasivamente quedaban integrados a ella lograban insertarse en el único nivel en que realmente ésta podía operar, en el plano de la cultura. En este nivel la construcción de la nación suponía la intervención de un conjunto de cargas valorativas, de juicios y afinidades decantados en el tiempo que determinaban las actitudes de unos frente a los otros. Y fue así porque en la base de la construcción nacional hispanoamericana encontramos una paradoja entre un voluntarismo igualitario expresado en normas y constituciones, y unas prácticas sociales fundadas en intereses inconciliables, en abismos étnicos, sociales y culturales difícilmente superables a golpe de decretos (Quijada, 2000, pp. 15-55; 2003a, pp. 287-315; 2003b, pp. 469-510).

Esa paradoja se expresó, como lo ha señalado el antropólogo Carl Langebaek, en las actitudes de los dirigentes de los decenios iniciales de vida independiente, pues de una fase inicial de exaltación como una relación genética entre la naciente república y las sociedades precolombinas inspirada en los moldes de la poesía y el teatro neoclásico, rápidamente pasaron a otra de estilo romántico y escrito en prosa, en la que ese vínculo se fue rompiendo y dio lugar, por un lado, a la diferencia entre indígenas salvajes y civilizados, y por otro, a una ruptura entre el presente republicano y el pasado indígena. Todo esto terminó en un hiato entre el indio del pasado y el del siglo XIX, pues a este último se le vio como un ser degradado por los efectos que produjo la Conquista en sus sociedades (Langebaek, 2007, pp. 46-57; König, 1984, pp. 389-406; Earle, 2007).

Ambas herencias se materializaron en las ambigüedades del ideario liberal republicano, pues si en el plano político-discursivo pretendió suprimir todas las identidades étnicas y sociales reduciéndolas a la sola condición de ciudadanos, en los análisis que inspiró acerca de la formación social nacional se diseccionó al país en regiones, con base en unas lecturas de la geografía y de la distribución de los grupos étnicos en ellas, remarcando unas imágenes raciales de las diferencias, a las que

propuso superar por medio del mestizaje (Arias, 2005, pp. 65 y ss.). El primer aspecto de esa ambigüedad dio herramientas políticas y jurídicas a los sectores interesados en declarar la extinción de la población indígena, a través del mestizaje, para así apropiarse de sus tierras, al tiempo que, como un imperativo del modelo económico liberal, demandó que todo estuviera sometido a las leyes del mercado.

El segundo aspecto llevó a que intelectuales liberales y funcionarios oficiales generalizaran para toda esta parte de la Costa la lectura que hicieron de la composición étnica de la geografía del bajo curso del río Magdalena, legándonos unas imágenes parciales que aún seguimos suscribiendo quienes empleamos estas informaciones en las investigaciones sobre la configuración étnica de la región.⁸ Así, mientras que la geografía recorrida obligaba a que las descripciones etnográficas de viajeros, intelectuales y funcionarios públicos asociaran el territorio del Bolívar Grande sólo a negros, mulatos y zambos (Samper, 1945, pp. 45 y ss.; 59 y ss.; Noguera, 1981; Acevedo, 1976; Blanco, 1985), la población aborigen de esta parte de la Costa pasó desapercibida, a pesar de que eran indígenas reducidos desde la Colonia, y que vivían en asentamientos reconocidos, muchos de ellos en condición de distritos.

Esa imagen fue completada por el ejercicio de los intelectuales decimonónicos que se encargaron de hacer referencia al pasado prehispánico del Bolívar Grande, mediante el establecimiento de un orden jerárquico entre los pueblos indígenas, bajo el supuesto de que algunas áreas geográficas no fueron propicias para el desarrollo de culturas nativas de significativa importancia, mientras que otras, como fue el caso del territorio del Bolívar Grande, sólo sirvieron como puente de tránsito de las corrientes migratorias de amerindios que luego se asentaron y desarrollaron en el interior del país, como los muiscas. En la Geografía histórica de Juan José Nieto, de 1839, las alusiones al pasado indígena de la colonial provincia de Cartagena se basaron en las Noticias históricas del cronista fray Pedro Simón (Nieto, 1993, pp. 163-204). En las páginas de la Geografía física i política del Estado de Bolívar, publicada en 1863, Felipe Pérez tampoco se detuvo en el tema de la población indígena. En 1866, Tomás Cipriano de Mosquera publicó en Londres su libro Compendio de

Geografía Jeneral..., en el que la población indígena queda reducida a la no sometida por parte de las autoridades, calculando, para el caso de Bolívar, 2.000 indios que no habían sido reducidos. En 1871, de igual forma procedió el cartagenero Dionisio Araújo en su "Tratado de Jeografía física i política del Estado de Bolívar" (Pérez, 1863; Mosquera, 1866, p. 121, y Araújo, 1871).

En 1912 se reeditó la obra Cartagena y sus cercanías de José P. Urueta, con correcciones y ampliaciones hechas por Eduardo Gutiérrez de Piñeres, en la que, en las páginas dedicadas al otrora Bolívar Grande, no se dice nada respecto a las comunidades indígenas. Un año después se publicó Historia, leyendas y tradiciones de Cartagena, obra de Camilo Delgado (Doctor Arcos), muy influyente a comienzos del siglo XX, en la que se dedicaron pocas páginas del tercer tomo a los indígenas de la antigua provincia de Cartagena, mediante reproducciones textuales de algunos apartes de las obras de Liborio Zerda (El Dorado, que vio la luz pública por entregas a partir de 1882) y fray Pedro Simón (Noticias históricas, reeditada entre 1882-1892 por Medardo Rivas) (Delgado, 1943, pp. 1-23; Urueta y Gutiérrez, 1912, pp. 13-16; Gutiérrez, 1924). Cuando se publicó la Geografía económica de Colombia. Bolívar (1942), obra de gran influencia entre los círculos políticos e intelectuales de la región, se presumió que desde finales de la Colonia las comunidades indígenas del Bolívar Grande habían desaparecido, debido a su supuesta extinción y a la transformación de sus antiguas comunidades en distritos, o en agregaciones de éstos, sobreviviendo en la República sólo el resguardo de San Andrés de Sotavento (Tuchín) (Geografía económica de Colombia. Bolívar, 1942, pp. 281-283).

Hasta dónde estas imágenes han determinado los problemas que se han planteado las investigaciones de los arqueólogos (Reichel-Dolmatoff, 1997, pp. 117-154; Angulo, 1981, 1983), antropólogos e historiadores, es un tema que apenas comienza a explorarse con los trabajos de Carl Langebaek, quien ha criticado a la arqueología sobre esta región el estar sustentada en un modelo difusionista antes que evolucionista (Langebaek, 2005a, pp. 139-171; 2005b, pp. 180-199; 2006, pp. 38-66, y Silva, 2006, pp. 55-84). Y aún no hemos comenzado a averiguar hasta dónde ese modelo arqueológico domina la mirada que proyectamos los historiadores sobre el mundo indígena de esta parte de la Costa.

Con las modernas corrientes historiográficas asistimos a una exploración del mundo indígena de esta parte de la Costa, como lo demuestran los trabajos de Julián Ruiz Rivera (1996), María Borrego Pla (1983), Lola González

8 Aunque no se fundamenta en estas fuentes, el segundo capítulo de la tesis doctoral de Marixa Lasso, dedicado a la composición racial de la provincia de Cartagena, reproduce la imagen de un bajo Magdalena negro y mulato. Ver Race and Republicanism in the Age of Revolution, Cartagena, 1795-1831. University of Florida, pp. 29-55 (2002).

Luna (1993), José Agustín Blanco (1987, 1995, 2007), Jorge Conde (1997, 2000, 2001, 2002), y Armando Arrieta (2001), y las investigaciones arqueológicas sobre diversas culturas precolombinas. Sin embargo, todo está circunscrito a los períodos prehispánico (Plazas y Falchetti, 1981, 1993) y colonial, mientras que para la época republicana son escasísimas las investigaciones. Aunque desde 1984 Orlando Fals B. había llamado la atención sobre el hecho de que aún en el siglo XIX continuaron existiendo los resguardos de Jegua y Guazo (Fals, 2002, p. 208) —y pese a que es sabido que el resguardo de San Andrés de Sotavento (actual departamento de Córdoba) nunca desapareció, y de igual forma, aunque gruesas franjas de la población de esta parte de la Costa se autorreconocen como descendientes de los indígenas—, los historiadores hemos pasado por alto tales hechos.

Superar esta tradición también demanda que amplíemos la temporalidad en los estudios, lo que a su vez implica que reconozcamos que el lógico énfasis de los estudios en el decrecimiento demográfico no nos debe llevar a pensar que para la República los indígenas ya no existían. Perder de vista estos aspectos ha dado pie a afirmaciones como la hecha en un reciente estudio sobre los resguardos indígenas del actual territorio del departamento del Atlántico, en donde se dice que el nuevo ordenamiento político y territorial republicano acabó con las comunidades de indígenas, transformándose en poblaciones campesinas adscritas a distritos (Conde, 2002, pp. 66-67).

Esta idea, que la podría suscribir cualquier historiador, lo que muestra es que quienes estudiamos el pasado regional, al igual que el resto de la sociedad del Bolívar Grande, hemos sido presidiarios del discurso liberal del siglo XIX que nos transmitió la idea de que el mestizaje y las transformaciones operadas bajo la República acabaron con las comunidades indígenas, a las que les negamos cualquier influencia en la formación de la identidad colectiva regional (Safford, 1991, pp. 1-33).

Y esto llama la atención, pues no sólo se trata de la existencia de los 27 resguardos, sino también de la gran cantidad de conflictos (y de aquí en adelante abordamos el quinto aspecto de nuestra crítica) en que se vieron vinculadas las comunidades indígenas del Bolívar Grande desde la segunda mitad del siglo XVIII, y prolongados hasta finales de la siguiente centuria (Flórez, 2008). La llamada “Revolución de las Sabanas” (septiembre y noviembre de 1812) protagonizada por los pueblos de esa parte de la colonial provincia de Cartagena contra el gobierno republicano establecido en esta ciudad tiene un soporte étnico en los indígenas que no se puede desconocer, siendo el único in-

tento de realismo en esta provincia, que tuvo su desenlace en la batalla de Mancomoján (McFarlane, 2007).

Después, entre 1834 y 1843, los indígenas nuevamente se movilaron contra las políticas del gobierno central de repartir los resguardos. Y fue Juan J. Nieto quien defendió a las comunidades de indígenas en la Cámara de la provincia de Cartagena, como se puede leer en algunos informes que aparecen registrados en la prensa oficial regional de esa época. Con el despegue de la ganadería, otra vez acudieron a diversas formas de protestas, como representaciones ante las autoridades, enfrentamientos físicos con hacendados y campesinos de los alrededores, desmonte y deslinde de las tierras para afirmar la propiedad, abigeato, incendios de praderas para ganados, creación de asociaciones de corte moderno, nombramiento de autoridades indígenas, impuestos sobre el ganado de los propietarios no indígenas, poderes a abogados para que los defendieran, demanda ante la Corte Suprema de Justicia federal de disposiciones emanadas de las autoridades regionales. Tubará, Malambo, Jegua, Guazo, Toluvié y San Andrés de Sotavento fueron las comunidades indígenas más activas en la defensa de sus derechos (Solano y Flórez, 2007, pp. 92-117).

En muchos de esos conflictos movilaron una diversidad de ideas que iban desde el reclamo de los derechos que les competían por ser ciudadanos —pasando por el cuestionamiento a la República por ser regresiva en cuanto a los derechos coloniales, reivindicando la contribución de algunas de esas comunidades a la Independencia, pidiendo mantener el pacto social que se traducía en protección de las autoridades, proyectando una imagen deplorable para lograr este fin— hasta la defensa de su identidad de indígenas, por encima de las acusaciones de quienes los tildaban de mestizos.

Esta sucinta relación de los conflictos y formas de resistencia desplegadas por los indígenas atravesó a la dirigencia política del estado de Bolívar y logró el respaldo de algunos sectores que, como en el caso de la facción dirigida por J. J. Nieto, defendieron sus derechos, y mientras concentraron el poder del Estado, impidieron que los continuos ataques se materializaran en leyes que dispusieran acabar con los resguardos. Como lo he mostrado recientemente en el artículo que publiqué con Roicer Flórez (Solano y Flórez, 2007), durante su hegemonía política en el estado de Bolívar, J. J. Nieto fue inflexible en la defensa de los resguardos, lo que muestra que, y aquí retorno al punto inicial de este artículo, su novela *Yngermína* estuvo motivada por razones que iban más allá del arribismo social.

CONCLUSIONES

Entonces, es pertinente nuevamente preguntarse por qué no se le ha prestado la debida atención a un grupo étnico cuya existencia es tan evidente y llamativa, por la cantidad de conflictos en que se vio envuelto. Además de los factores señalados, también deben tenerse presentes los siguientes elementos:

1. La reducción del tema indígena bajo la República a lo que el historiador Armando Martínez Garnica ha llamado con mucho tino un enfoque “territorialista”, pues el resguardo se ha reducido al problema de la tierra y se ha dejado de lado a la comunidad indígena que lo habita, a la que sumió en la categoría del campesinado pobre (Martínez, 1993, pp. 111-121).
2. Durante el siglo XIX, la construcción de un conocimiento geográfico que privilegió las zonas afectas al modelo agroexportador. Los periplos de los viajeros extranjeros y nacionales, de los funcionarios oficiales y de los pensadores liberales decimonónicos transcurrían por el bajo curso del río Magdalena hasta Barranquilla; las zonas aledañas al canal del Dique hasta Cartagena, cuando este era útil al tráfico; algunos caños que conducían a los puertos marítimos satélites de Barranquilla; las costas de barlovento hasta las alturas del río Sinú, y en éste, el trayecto hasta Lorica. Publicados en 1875 y 1886, respectivamente, los libros *El alto Sinú* y *El río San Jorge* de Louis Striffler tuvieron que esperar hasta finales de esa centuria para que Francisco Javier Vergara y Velasco los insertara en su *Nueva Geografía de Colombia*, publicada en 1898, y el de Joseph Palacio de la Vega sólo fue publicado a mediados del siglo XX. Entonces, las zonas aledañas a los bajos cursos de los ríos Cauca, San Jorge y parte del Sinú, así como las sabanas que encerraban, quedaron por fuera de ese conocimiento. Asimismo, aunque en la prensa oficial del Estado Soberano y luego departamento de Bolívar se publicaban los informes de los gobernadores de las provincias en las que había resguardos indígenas –y aunque muchos de ellos contenían datos sobre los resguardos indígenas–, sus implicaciones en la lectura del orden social regional fueron nulas.
3. El peso de Cartagena, antiguo centro de trata de negros, sigue determinando las imágenes étnicas del resto de la subregión, lo que viene produciendo una historiografía regional muy proclive a la cen-

tralidad espacial y política de sus discursos, que hace de los epicentros urbanos más importantes y de sus grupos étnicos más numerosos el centro de gravedad de sus cavilaciones. En consecuencia, puede decirse que los acentos en uno u otro grupo étnico están en función del sitio desde donde se miren. Esto se muestra en la concentración de los estudios sobre el tema de la Independencia, especie de epifanía que explicaría todo el siglo XIX.

4. El énfasis de los últimos años en estudiar a la población afrodescendiente, que ha recibido un impulso en los esfuerzos por integrarla al área del gran Caribe. Aunque este propósito se remonta a la década de 1980, el mayor impulso lo han dado el antropólogo Peter Wade, la socióloga Elisabeth Cunin (2003, pp. 90 y ss.) y los historiadores Antonino Vidal, Aline Helg y Alfonso Múnera. Todas las manifestaciones culturales de masas de distintas partes del Caribe (música, gastronomía, deportes como el boxeo y el béisbol, etc.), se convirtieron en un sustrato para identificar el estilo de vida de la Costa norte colombiana con el gran Caribe y con el mundo afroamericano. Esto ha permitido reorientar el interés de base de esta inserción, pues si en un comienzo el discurso se circunscribía a los circuitos mercantiles como potenciales mercados para la producción colombiana (v. g., A. Vidal), ahora el sesgo étnico y, por tanto, popular tomó vuelo y fue dirigido contra sectores de la élite costeña que posaban de caribeños pero que no asumían la cuestión racial. Casi todos los análisis de los últimos años se centran en los nexos de Cartagena y Barranquilla con el Caribe, e inconscientemente se cree que así se explican los enlaces de toda la región con esa área de las Américas.

En fin, es necesario abrir una sana discusión que permita reconocer la diversidad étnica del Bolívar Grande, enriquecer su historiografía y colocar en sus justas dimensiones el Caribe que queremos construir. ✎

REFERENCIAS

FUENTES PRIMARIAS

1. Acevedo, Eduardo (Ed.) (1976). *Atlas de mapas antiguos de Colombia. Siglos XVI a XIX*. Bogotá: Arco.
2. Araújo, Dionisio (1871). *Tratado de geografía física i política del Estado de Bolívar*. Cartagena: Imp. de Ruiz e Hijo.

3. Blanco, José A. (Comp.) (1985). *Atlas de cartografía histórica de Colombia*. Bogotá: Igac.
4. Delgado, Camilo (Doctor Arcos) ([1913] 1943). *Historia, leyendas y tradiciones de Cartagena*, tomo 3. Cartagena: Dirección Departamental de Educación de Bolívar.
5. *Diario de la Tarde*, Barranquilla: 1893.
6. *El Anotador*, Barranquilla: 1893.
7. *El Porvenir*, Cartagena: 1893.
8. *Geografía económica de Colombia*, tomo V, Bolívar (1942). Bogotá: Contraloría General de la República.
9. Gutiérrez de Piñeres, Eduardo (Comp.) (1924). *Documentos para la historia del departamento de Bolívar*. Cartagena: Imprenta Departamental.
10. Manotas, Avelino (1899). *Resguardo de Malambo Viejo. Recurso de casación*. Barranquilla: Imp. Los Andes.
11. Mosquera, Tomás Cipriano de (1866). *Compendio de geografía jeneral política, física i especial de los Estados Unidos de Colombia*. Londres: Imp. Inglesa.
12. Nieto, Juan José (1993). Geografía histórica, estadística y local de la Provincia de Cartagena, República de la Nueva Granada descrita por cantones. En: *Selección de textos políticos-geográficos e históricos*, Barranquilla: Gobernación del Departamento del Atlántico.
13. Noguera, Aníbal (Comp.) (1981). *Crónica del río Grande de la Magdalena*, dos tomos. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
14. Pérez, Felipe (1863). *Jeografía física i política del Estado de Bolívar*. Bogotá: Imp. Nacional.
15. Samper, José María (1945). *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de la república colombiana*. Bogotá: Biblioteca Popular de la Cultura colombiana.
16. Striffler, Loius (1922). *El río Sinú*. Cartagena: Tip. El Anunciador.
17. Striffler, Loius (1993). *El río San Jorge*. Barranquilla: Gobernación del Atlántico.
18. Urueta, José P. y Gutiérrez de Piñeres, Eduardo (1912). *Cartagena y sus cercanías*. Cartagena: Imp. Departamental.
19. Vergara y Velasco, Francisco (1901), *Nueva geografía de Colombia*. Bogotá: Imp. de Vapor.

FUENTES SECUNDARIAS

20. Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
21. Angulo Valdés, Carlos (1981). *La tradición Malambo: un complejo temprano en el noroeste de Suramérica*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.
22. Angulo Valdés, Carlos (1983). *Arqueología del Valle de Santiago, norte de Colombia*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.
23. Archila, Mauricio (1998). Comentarios. En: Haroldo Calvo y Adolfo Meisel (Eds.), *Cartagena de Indias y su historia*. Cartagena: Banrepública-UJTL.
24. Arias, Julio (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes.
25. Arrieta, Armando (2001). *Los mokañás. Impacto de la Conquista y de la Colonización temprana sobre una cultura indígena de transición, 1533-1610*. Barranquilla: Tercer Milenio.
26. Bhabha, Homi (2000). Narrando la nación. En: Álvaro Fernández (Comp.), *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires: Ed. Manantial.
27. Blanco, José A. (1987). *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*. Bogotá: Banco de la República.
28. Blanco, José A. (1993). *Atlántico y Barranquilla en la época colonial*. Barranquilla: Gobernación del Atlántico.
29. Blanco, José A. (1995). *Tubará: la encomienda mayor de Tierradentro*. Bogotá: Universidad de los Andes.
30. Blanco, José A. (2007). *Juan de Acosta y Saco: tierra y sociedad*. Barranquilla: Gobernación del Atlántico.
31. Borrego Pla, María (1983). *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
32. Cabrera, Marta (2004). *Writing Civilization: The Historical Novel in the Colombia National Project*. Wollongong: tesis doctoral Wollongong University Press. Recuperado el 22 de febrero de 2008, de http://www_library.uow.edu.au/adt-NWU/public/adt-NWU20050307.143257/index.html.
33. Cabrera, Marta (2007). Elementos de colonialidad y biopolítica en una historia caribeña (ficticia). *Nómadas*, 26, 70-79.

34. Castillo, Ariel (2006). De Juan José Nieto al premio Nobel: la literatura del Caribe colombiano en las letras nacionales. En: Alberto Abello (Comp.), *El Caribe en la nación colombiana. Memorias*. Bogotá: Observatorio del Caribe Colombiano-Museo Nacional de Colombia.
35. Conde, Jorge (1997). *Espacio, sociedad y conflictos en la provincia de Cartagena 1740-1805*. Barranquilla: Universidad del Atlántico.
36. Conde, Jorge (2000). *El negocio de la política: nación, ciudadanía y raza en el Caribe colombiano en el siglo XIX*. En: XIº Congreso Colombiano de Historia. Bogotá (inédito).
37. Conde, Jorge (2001). El negocio de la política: nación, ciudadanía y raza en el Caribe colombiano, 1810-1830. *El taller de la historia*, 1, 196-212.
38. Conde, Jorge (2002a). Pueblos de indios y resguardos en el departamento del Atlántico. En: *Ensayos históricos sobre el departamento del Atlántico*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
39. Conde, Jorge (2002b). Nación y ciudadanía. Identidades políticas y grupos de poder en los inicios de la república. *Historia Caribe*, 7, 127-146.
40. Conde Jorge (2006). La República ante la amenaza de los pardos. En: Alberto Abello (Ed.), *El Caribe en la nación colombiana. Memorias*. Bogotá: Observatorio del Caribe Colombiano-Museo Nacional de Colombia.
41. Córdoba, Roberto (1998). Juan José Nieto y la novela histórica. En: Juan José Nieto. *Yngermina*. Cartagena: Gobernación de Bolívar.
42. Cunin, Elisabeth (2003). *Identidades a flor de piel*. Bogotá: Universidad de los Andes-Observatorio del Caribe colombiano, IRD.
43. Earle, Rebeca (2007). *La iconografía de la independencia en la Nueva Granada*. Ponencia presentada en el VII simposio sobre Historia de Cartagena: La ciudad en la época de la Independencia, Cartagena, 12-14 de septiembre de 2007.
44. Espinosa, Germán (2002). Y germina: avanzada en Hispanoamérica. En: *Ensayos completos, 1989-2002*, tomo II. Medellín: Universidad Eafit.
45. Fals B., Orlando (1999). Fuentes y encrucijada de la identidad sinuana. *La Aguaita*, 2, 79-81.
46. Fals B., Orlando (2002). *Resistencia en el San Jorge*. Bogotá: Universidad Nacional, Banco de la República, El Áncora Eds.
47. Flórez Bolívar, Roicer (2006). Ciudadanos y vecinos: un acercamiento al proceso de construcción del ciudadano en Cartagena durante el siglo XIX. *Historia Caribe*, 11, 135-152.
48. Flórez Bolívar, Roicer (2008). *Indígenas y ciudadanía en el Estado Soberano de Bolívar, 1863-1875* (En prensa).
49. González, Lola (1993). *Resguardos coloniales de Santa Marta y Cartagena y resistencia indígena*. Bogotá: Banco Popular.
50. Gutiérrez, Edgar (2007). *Yngermina: contexto histórico socio-cultural. Del "Eros" a la novela y el Estado-nación*. (inédito).
51. Helg, Aline (2000). Raíces de la invisibilidad del afrocaribe en la imagen de la nación colombiana: independencia y sociedad, 1800-1821. En: Gonzalo Sánchez y María E. Wills (Comps.), *Museo, memoria y nación*. Bogotá, Museo Nacional de Colombia.
52. Helg, Aline (2004). *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*. Londres: Chapel Hill, The University North Carolina Press.
53. Herrera, Marta (1998). Desaparición de poblados caribeños en el siglo dieciséis. *Revista Colombiana de Antropología*, 34, 124-165.
54. Herrera, Marta (2002a). Confrontación territorial y reordenamiento espacial. "Chimilas" y "españoles" en la provincia de Santa Marta siglo XVIII. En: Leovigildo Martínez y Hugues Sánchez (Comps.), *Indígenas, poblamiento, política y cultura en el departamento del Cesar*. Valledupar: Universidad del Cesar.
55. Herrera, Marta (2002b). El arrochelamiento: nominar para criminalizar. *El Taller de la Historia*, 2, 11-46.
56. Herrera, Marta (2002c). *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos, siglo XVIII*, Bogotá: ICANH, Academia Colombiana de Historia.
57. Herrera, Marta (2006). 'Libre de todos los colores': el ordenamiento social en las llanuras del Caribe, siglo XVIII. En: Alberto Abello (Ed.), *El Caribe en la nación colombiana. Memorias*. Bogotá: Observatorio del Caribe Colombiano, Museo Nacional de Colombia.
58. König, Hans-Joachim (1984). Símbolos nacionales y retórica política en la independencia: el caso de la Nueva Granada. En: Inge Buisson, Günter Kahle, Hans-Joachim König y Horst

- Pietschmann (Eds.), *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*. Bonn: Inter Naciones.
59. Langebaek, Carl (2005a). De los Alpes a las selvas y montañas de Colombia: el legado de Gerardo Reichel-Dolmatoff. *Antípoda*, 1, 139-171.
60. Langebaek, Carl (2005b). "La elite no siempre piensa lo mismo". En: Ana Gómez Londoño (Ed.), *Muiscas: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*. Bogotá: Universidad Javeriana.
61. Langebaek, Carl (2006). Pasado indígena en la Costa Caribe. Interpretación en cinco actos. En: Alberto Abello (Comp.), *El Caribe en la nación colombiana. Memorias*. Bogotá: Observatorio del Caribe Colombiano, Museo Nacional de Colombia.
62. Langebaek, Carl (2007). Civilización y barbarie: el indio en la literatura criolla en Colombia y Venezuela después de la Independencia. *Revista de Estudios Sociales*, 26, 46-57.
63. Lasso, Marixa (2002). *Race and Republicanism in the Age of Revolution, Cartagena, 1795-1831*. University of Florida, Tesis doctoral.
64. Lasso, Marixa (2003). Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828). *Historia Caribe*, 8, 5-18.
65. Lasso, Marixa (2006). Race, War and Nation in Caribbean Gran Colombia, Cartagena, 1810-1832. En: *The American Historical Review* (111), 2. Recuperado el 3 de agosto de 2008, de <<http://www.historycooperative.org/journals/ahr/111.2/lasso.html>>.
66. Lasso, Marixa (2007). Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1810-1812. *Revista de Estudios Sociales*, 27, 32-45.
67. Lasso, Marixa (2008). El día de la Independencia: una revisión necesaria. Acción política afro-colombiana y narrativas patrióticas criollas, Cartagena, 1809-1815. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 8. Recuperado el 17 de marzo de 2008, de <http://nuevomundo.revues.org/document13523.html>.
68. Martínez, Armando (1993). *El régimen del resguardo en Santander*. Bucaramanga: Gobernación de Santander.
69. McFarlane, Anthony (2007). *The "Revolution of the Sabanas". Popular Loyalism in the Estado de Cartagena, 1812*. Cartagena: conferencia leída en el VII° Simposio sobre la historia de Cartagena: la ciudad en la época de la Independencia, Banco de la República-Observatorio del Caribe Colombiano. Copia electrónica.
70. Múnera, Alfonso (1998). Las clases populares en la Independencia. En: Haroldo Calvo y Adolfo Meisel (Eds.), *Cartagena de Indias y su historia*. Cartagena: Banco de la República, UJTL.
71. Múnera, Alfonso (2005). *Fronteras imaginadas*. Bogotá: Planeta.
72. Múnera, Alfonso (2006). María de Jorge Isaacs: la otra geografía. *Poligramas*, 25, 49-61.
73. Ortiz, Javier (2008). Raza, conocimiento y reconocimiento en la obra de Juan José Nieto. *Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica*, 7, 151-172. Barranquilla: Universidad del Atlántico, Universidad de Cartagena.
74. Pineda, Álvaro (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana (1605-1931)*. Medellín: Universidad Eafit.
75. Plazas, Clemencia y Falchetti Ana (1981). *Asentamientos prehispánicos en el bajo río San Jorge*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas.
76. Plazas, Clemencia y Falchetti, Ana (1993). *La sociedad hidráulica Zenú. Estudio arqueológico de 2.000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*. Bogotá: Banco de la República.
77. Quijada, Mónica (2000). El paradigma de la homogeneidad En: Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnol Schneider (Coords.), *Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina siglos XIX y XX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
78. Quijada, Mónica (2003a). ¿Qué es la nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario latinoamericano. En: Antonio Annino y François-Xavier Guerra (Coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: FCE.
79. Quijada, Mónica (2003b). ¿"Hijos de los barcos" o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX). *Historia Mexicana*, (LIII) 2, 469-510. México: Colegio de México. Recuperado el 5 de agosto de 2007, de http://revistas.colmex.mx/resultados_busqueda.jsp?numero=1109&scope=13
80. Rama, Ángel (2004). *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajarar Eds.

81. Reichel-Dolmatoff, Gerardo (1997). *Arqueología de Colombia*. Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República.
82. Restrepo, Eduardo (1997). Afrocolombianos, antropología y proyecto de modernidad en Colombia En: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Eds.). *Antropología en la modernidad*. Bogotá: ICANH.
83. Ruiz, Julián (1996). *Los indios de Cartagena bajo la administración española en el siglo XVII*. Bogotá: Archivo General de la Nación.
84. Saether, Steinar (2005). Independence and the re-definition of indianness around Santa Marta, Colombia, 1750-1850. *Journal of Latin American Studies*, 37, 1, 55-80. Recuperado el 2 de julio de 2008. http://journals.cambridge.org/download.php?file=%2FLAS%2FLAS37_01%2FS0022216X04008600a.pdf&code=4c060773c7cb184883c2e95bce65491e
85. Safford, Frank (1991). Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870. *The Hispanic American Historical Review*, (71), 1, 1-33. Recuperado el 17 de junio de 2007, de <http://links.jstor.org/sici?sici=0018-2168%28199102%2971%3A1%3C1%3ARIAPEA%3E2.0.CO%3B2-O>
86. Sanders, James (2007). Pertener a la gran familia granadina. Lucha partidista y la construcción de la identidad indígena y política en el Cauca, Colombia, 1849-1890. *Revista de Estudios Sociales*, 26, 28-45.
87. Silva, Fabio (2006). Balance actual de la antropología en el Caribe colombiano. En: Aaron Espinosa (Ed.), *Respirando el Caribe. Memorias del II encuentro de investigadores sobre el Caribe colombiano*. Bogotá: Observatorio del Caribe Colombiano, Ministerio de Cultura.
88. Solano, Sergio Paolo y Flórez, Roicer (2007). Resguardos indígenas, ganadería y conflictos sociales en el Bolívar Grande, 1850-1875. *Historia Crítica*, 34, 92-117.
89. Solano, Sergio Paolo y Flórez, Roicer (2008a). Del texto al contexto. La novela *Cosme* y la sociedad urbana costeña a comienzos del siglo XX. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, 7, 173-217. Barranquilla: Universidad del Atlántico, Universidad de Cartagena.
90. Solano, Sergio Paolo y Flórez, Roicer (2008b). Expropiación de las tierras del resguardo de Tubará y la legislación de la época. *Justicia*, 12, 27-44. Barranquilla: Universidad Simón Bolívar.
91. Solano, Sergio Paolo (2008c). Las capas medias de los oficios rudos. Trabajo, sociedad y cultura en el Caribe colombiano durante el siglo XIX. *El Taller de la Historia* (nueva época), 1, (en prensa).
92. Sommer, Doris (1994). *Ficciones fundacionales, las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: FCE.
93. Sommer, Doris (2006). Un círculo de deseo: los romances nacionales en América Latina *Araucaria*, 16, 3-22. Prometeo Libros, Universidad de Juárez, Universidad de Sevilla, Triana Eds. Recuperado el 3 de noviembre de 2007, de http://dialnet.unirioja.es/servlet/listaarticulos?tipo_busqueda=EJEMPLAR&revista_busqueda=1584&clave_busqueda=141880
94. Tovar, Hermes; Tovar Mora, Jorge Andrés y Tovar Mora, Camilo Ernesto (1994). *Convocatoria al poder del número. Censos y estadísticas de la Nueva Granada, 1750-1830*. Bogotá: Archivo General de la Nación.
95. Wade, Peter (1994). Negros, indígenas e identidad nacional en Colombia. *Cuadernos Ahila*, 2. Asociación de Historiadores Europeos Latinoamericanistas. Recuperado el 17 de mayo de 2006, de <http://www.ahila.nl/publicaciones/cuadernos.html>.
96. Williams, Raymond (1991). *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo Eds.